

¿Ludistas o convencidos? Una aproximación a la realidad televisiva infantil

Luddites or convinced? An approach to reality in children's television

M^a Teresa Francés Barceló

Alicante (España)

RESUMEN

Las aproximaciones teóricas a la realidad televisiva infantil siguen mostrando un horizonte desolador, sembrado de alusiones constantes a la violencia, la vacuidad de los mensajes, la pobreza de su lenguaje o la carga ideológica que arrastran consigo los contenidos y, la influencia de todo ello, claro está, en las mentes inmaduras de los más pequeños.

Si bien es cierto que el panorama de la programación infantil encuentra en estas apreciaciones parte de su verdad, muchas encierran entre sus líneas estridentes resonancias de la literatura de los ochenta y principios de los noventa donde la televisión no era más que una máquina con suficientes razones para desterrarla de la cotidianidad del hogar.

Hoy, encontramos ante posturas más eclécticas que nos hablan de la influencia moderada de la televisión en los niños, siempre en relación con otros muchos factores que construyen el contexto de la población infantil.

El análisis de contenido llevado a cabo en el marco del proyecto «Indicadores de calidad de los contenidos audiovisuales – programáticos y publicitarios– dirigidos al target infantil» (SEJ2004-01830/CPOL) financiado por el MEC/FEDER en la convocatoria I+D+i 2004-2007, dirigido por la doctora Victoria Tur arroja nuevos resultados a las controvertidas arenas de la programación infantil, pues junto a los contenidos violentos que siguen copando cuantiosas horas en las parrillas de las televisiones privadas, se encuentran nuevos programas que abogan por la formación en valores sociales, en asuntos de agenda como el respeto y el empleo responsable de los bienes naturales o simplemente por el entretenimiento más sano.

La violencia, la gran estrella de portadas de periódicos y titulares de libros, sigue siendo un recurso importante, pero las críticas que sobre ella acechan constantemente deberían reconducirse hacia otro problema, la programación generalista que es vista por el público infantil. Así, los estudios muestran que la mayoría de horas que los niños pasan frente al televisor no están viendo programas dirigidos a ellos. La argumentación es sencilla: de las cadenas nacionales sólo TV2 emite programación infantil durante la semana y sus contenidos se reparten en tres franjas horarias, de las cuales, sólo una, la de la tarde, se ofrece a una hora en la que puede ser vista por los niños, ya que coincide con la salida del colegio.

Por tanto, la ausencia o escasez de oferta de productos dirigidos específicamente a ellos, conduce a los niños al consumo de programación adulta, que, pese al Código de Autorregulación adoptado por las televisiones, deja todavía mucho que desear en los horarios de máxima audiencia.

La solución, ahora, no sólo pasa por guionistas, productores y programadores, sino por el esfuerzo de padres y educadores en fomentar un consumo responsable y, lo que es más importante, en ofrecer alternativas que destronen para siempre a la televisión de su enraizado puesto de niñera electrónica.

ABSTRACT

A theoretical approach to the reality of children's television show us a distressing horizon, spreaded of constant mentions to violence, shallowness of the messages and the influence of everything in the little children's mind. The problem is not the children programmes by themselves, but the generalized and accepted consumption of adult programmes made for the children. Therefore, it is necessary to assume our responsibility in this "Media Triangle" composed by administration, parents, and teachers and, obviously, the televisions.

DESCRIPTORES/KEYWORDS

Televisión, infancia, apocalípticos, integrados.
Television, childhood, «apocalyptic, integrates».

En 1955 Paul F. Lazarsfeld, uno de los padres fundadores de la *Mass communication Research* americana, se preguntaba por qué se sabía tan poco sobre los efectos de la televisión en los niños. Hoy cinco décadas después, seguimos debatiendo ampliamente el tema, pero nuestras posturas, como en la célebre obra de Eco 1 (1990) continúan oscilando entre un ludismo apocalíptico o un convencimiento integrador de que el potencial del medio televisivo puede ser explotado en aras de unos intereses que no pasen directamente por el beneficio económico.

Ludistas 2, en el fondo, somos todos, porque resulta más sencillo achacar las culpas a la televisión, tratar de destruir críticamente las máquinas que, aunque no logran sustituirnos en nuestro trabajo como a los obreros del siglo XIX, sí comienzan a remplazarnos en las esferas más íntimas de nuestra vida (en nuestro ámbito familiar, en nuestro círculo de amistades, en la educación...), que asumir nuestras responsabilidades y buscar soluciones.

Los convencidos, los menos, piensan que la televisión no incapacitará a los niños, no los transmutará en zombies bizcos, ni tampoco los convertirá en crédulos espectadores que engullirán, sin digerirlas siquiera, las «golosinas visuales» con que la televisión les tienta. No, claro está, si en vez de esforzarnos en golpear con acusaciones una realidad inevitable, en reventar a críticas las entrañas de la materia audiovisual, nos entregamos con ahínco a aprovechar las potencialidades que nos ofrece la televisión como medio.

¿Acaso aún cualquier otro las posibilidades que reúne este último? La combinación de sonido e imagen, el acercamiento de realidades lejanas y sobre todo, su presencia en la mayoría de los hogares españoles, así como la fascinación y el interés que despierta en los niños. Como expresa Gilbert 3 (1994: 33) en el capítulo «Las reglas del juego: autorregulación», en *Televisión: niños y jóvenes*, «Todo ello por que tienen más tiempo para su acción que la escuela, mejores recursos técnicos para atraer y persuadir que los docentes y mayor permisividad de parte de la gente para entrar en todas partes, a cualquier hora, comenzando por los hogares y la intimidad de las personas o de la familia».

El propio Luis Bassat en una mesa redonda en la que se debatía acerca del futuro de la publicidad infantil en el marco del Festival El Chupete, hablaba de la potencialidad del medio televisión como constructor de una conciencia global, de existencia de los «otros», de los desfavorecidos. La televisión niega a los niños su egocentrismo implícito y les hace ver que más allá de su propia realidad existen otras muchas, no inferiores, sino ricas, complejas y maravillosas como la suya propia.

Buckingham 4 (2000: 211) realiza una interesante revisión bibliográfica que nos ayuda a trazar el actual estado de la cuestión frente a las televisiones y resume que hoy la consideración de los medios se mueve entre «los críticos que consideran que los medios, y en particular la televisión, son responsables de la 'muerte de la infancia'; mientras que por otro lado, están quienes piensan que los medios, y en particular los ordenadores, son un instrumento de liberación de los niños».

Siguen siendo muchas, las más, las voces que se alzan contra el medio televisivo. Lolo Rico 5 (1992: 54) expresará que las televisiones están abocando a los jóvenes al triunfo fácil, a la búsqueda irrefrenable de placeres, a un hedonismo del aquí y del ahora, a una vida de la que se borran todas las miserias del mundo.

Mucho más allá irán la críticas de Jerry Mander 6 (2004) que en su conocido libro nos ofrecerá Cuatro buenas razones para eliminar la televisión: la mediatización de la experiencia, puesto que la observación personal ha sido sustituido por un afán de validez científica; la colonización de la experiencia, en tanto en cuanto trata de ajustarnos perfectamente a la lógica del sistema capitalista; los efectos físicos y psicológicos sobre el ser humano, no ya sólo por la inactividad que supone la acción del visionado o los hábitos que de ella puedan aprenderse, sino por la propia luz y las radiaciones que desprende; finalmente, las *desviaciones e inclinaciones tendenciosas del propio medio*, que como un telescopio enfoque allí donde quiere y deja al resto en la marginación más absoluta.

A esta postura se opondrá Lynch 7 (2000: 85-93), quien refutará que la televisión es un medio tan poderoso, de dimensiones tan amplias, que es muy difícil que ese control del que habla Mander se haga verosímil. Además, afirma que esta serie de críticos son «incapaces de atribuir la menor distancia irónica en el espectador (...). No es que abominen de la sociedad televisiva, sino que presumen que los individuos que la forman, además de telespectadores, son idiotas» (2000: 93). Aunque reconocerá que «la televisión se reduce a un mensaje atterradoramente homogéneo compuesto por una gama muy pobre de alternativas» (2000: 118).

Aunque quizá la idea más interesante de Lynch (2000: 94-95) pueda extraerse de este enunciado cuando al hablar de que la televisión es nuestro pan y circo expresará que «mucho más interesante que descalificarla en razón de su capacidad de abotargamiento colectivo es explicar qué es lo que la hace insustituible para la satisfacción de esa necesidad de ocio y distracción colectivos».

Y es desde esta perspectiva desde donde debemos comenzar a enfocar el problema del protagonismo adquirido por la televisión en nuestras vidas, en general, y en la de los niños, como público que requiere una especial protección, en particular. No desde sus deficiencias y evidentes defectos, sino desde nuestra sumisión, nuestra apatía en dejarla entrar en nuestras vidas y ofrecerle el mejor lugar de nuestros salones, la intimidad de nuestras habitaciones, la autonomía de un tiempo cada vez menos libre.

La televisión se ha convertido, con nuestro consentimiento pleno y consciente, en una herramienta para el disfrute del ocio en una sociedad urbana y urbanizada que ha expulsado al niño de las calles y lo ha encerrado en la seguridad de sus hogares. Como señala Enrique Gastón 8 (1978: 181) en su libro *Cuando mean las gallinas*, las ciudades conceden a los niños, menos del 10% de su espacio, cuando estos suponen más del 20% de la población. Y a esta escasez de áreas públicas habría que añadir el control que sufren las que existen que, en forma de prohibiciones y restricciones, impiden a los niños disfrutar de estas zonas, de modo que, el espacio virtual, acotado y seguro, condensado en píxeles que se distribuyen por la pantalla, acaba sustituyendo al espacio real.

Algo similar a lo que expondrá Mariet 9 (1989: 12) cuando diga que «la sociedad actual sufre, no de un exceso de televisión, sino de un déficit de escuela y de preocupación por los niños. La falta de atención hacia niños y jóvenes es lo que conduce a un exagerado consumo de televisión: carencia de instalaciones urbanas, pobreza de las escuelas, ausencia de la familia, esto es lo que conduce a los niños a la televisión», pues como argumentará más adelante, «enfrentada a actividades interesantes, la televisión pierde a menudo la batalla». Mariet (1989: 41).

La televisión, por tanto, vendría a sustituir los viejos juegos que a la salida de los colegios llenaban las calles y plazas de gritos, pelotas y combas y como tal, constituye la nueva dimensión del tiempo libre a la que la mayoría de los niños, no siempre voluntariamente, se ha visto abocada.

Pero entender la televisión como un instrumento de ocio a través del cual la infancia canaliza su tiempo libre, no significa necesariamente que ésta pueda convertirse en un cajón de sastre que de cabida a los más variopintos contenidos. Como expresa acertadamente Mariet (1989: 15) «No se va a la escuela para divertirse, ni tampoco se mira la tele para instruirse, pero esto no impide divertirse en la escuela e instruirse mirando la tele».

El ocio, pasa inevitablemente, por el entretenimiento que suscita un hecho o una acción y en este sentido, la televisión tienen que esforzarse en ofrecer productos de calidad que aúnen diversión y formación a partes iguales, entendiendo por formación, no la educación en sentido estricto, al estilo de Barrio Sésamo y de otros programas de contenido didáctico, sino la enseñanza de unos valores universales que lleven al niño a considerar otra alternativa posible a la que ofrecen los contenidos violentos o nocivos en televisión.

Los esfuerzos en esta dirección comienzan a dar sus frutos, y así, entre el vertedero de producciones importadas de países de Asia, encontramos otros que podemos rescatar de una crítica indiscriminada, tan generalizada y común entre los teóricos de la televisión.

El análisis de contenido llevado a cabo en el marco del proyecto «Indicadores de calidad de los contenidos audiovisuales –programáticos y publicitarios– dirigidos al target infantil» 10, dirigido por la doctora Victoria Tur, arroja un rayo de esperanza en la actual consideración del panorama de la programación infantil, pues junto a los dibujos violentos, que todavía siguen copando su cuota de protagonismo en las televisiones privadas, también comienzan a proliferar series con un guión más formativo y una estética cuidada que atrae a los más pequeños.

Así, por ejemplo, la Segunda de Televisión Española incluye en su parrilla de programación, series de dibujos animados como: *Narigota*, la historia de tres amigos que representan los tres estados del agua (*Narigota*, la gota de agua, *Frigote*, un cubito de hielo, y *Vaporón*, la Nube, el vapor) y que capítulo tras capítulo se enfrentan a problemas relacionados con el tema del agua (el deshielo de los casquetes polares por el recalentamiento del planeta, la sequía y la escasez de agua que afecta a muchas poblaciones de nuestro planeta, la desalinización del agua de mar,...); Nicolás, que trata sobre la cotidianidad de un niño ciego y su relación con sus semejantes (cómo estudia, cómo ayuda a su madre, sus relaciones personales...), desde una óptica positiva y conciliadora que hace emerger las dificultades de una minoría y que supone, en consecuencia, un gran paso para una televisión a la que se le acusa constantemente, y a menudo con razón, de representar los estereotipos sociales dominantes o a los que la sociedad en general quiere tender o el divertido «Autobús mágico», dibujos animados que basan sus historias en una vivaracha profesora de Ciencias Naturales que llevará a sus alumnos a descubrir los problemas que surjan en la explicación de su asignatura, de una forma muy particular, pues gracias al asombroso autobús, igual podrán convertirse en gotas de lluvia que visitar el ecosistema de un desierto.

Estos tres programas de dibujos animados destacan por haber alcanzado el difícil y precario equilibrio que aún el ocio con la formación. Aunque no son los únicos, pues también, en esa misma cadena de televisión (y en TVE los fines de semana) podemos topar con otros como *Pepper Ann* o *La Banda del Patio* que reflejan la complejas relaciones sociales que se establecen entre los niños, *Arthur* que aborda con dulzura la realidad a la que se enfrentan los niños, *Cailou* que narra las experiencias de un niño de pocos años con su hermanita pequeña o *los Thornberrys*, la historia de una familia que viaja por todo el mundo mostrando las maravillas de la naturaleza. También en otras cadenas como Antena 3 encontramos algunos dibujos que siguen esta línea como *Cedric*, la entrañable historia de un niño de siete años que descubre lo maravilloso de la vida a través de la experiencia y los consejos de su abuelo. O los programas de manualidades como *Ars Attack* y *Kombai & Co* de Antena 3 y Tele 5, respectivamente, que fomentan la creatividad del niño, las habilidades psicomotrices y el gusto por poder fabricar ellos mismos cosas sin tener que recurrir como siempre a la compra.

Además, los escasos contenidos dirigidos específicamente hacia el público preescolar y concentrados espacialmente en la Segunda de Televisión Española, como son los *Tweenies* y los *Fimmbles*, producidos por la BBC, destacan también por sus cuidados contenidos y por una estética colorista y alegre que ofrece a los niños *outopos*, lugares fantásticos donde viven seres amables y vivaces, que al mismo tiempo que entretienen, contribuyen al proceso de socialización de los más pequeños con contenidos sencillos y repetitivos.

Pero, cabría preguntarse, ¿significa este despilfarro de cumplidos que la televisión infantil goza de buena salud, que empresas y programadores han tomado conciencia de la necesidad de cuidar a este público infantil? Ni la percepción más optimista podría dar un sí como respuesta a esta cuestión; sin embargo, sí podemos afirmar que comienzan a entreverse los primeros pasos en la dirección correcta.

No obstante, y muy a nuestro pesar, no de todas las televisiones, ni mucho menos de todos los programas que componen el universo de la programación infantil, podemos entonar las mismas alabanzas. Así, las cadenas privadas siguen ofreciendo un triste panorama que abusa hasta el empacho de las series de importación, generalmente japonesa, que más allá del recurso despiadado a la violencia gratuita y una competitividad en la que les va la vida, no encontramos más que ojos grandes, guiones calcados, y paisajes desoladores en medio de ningún lugar.

El caso más evidente de este lado oscuro de los dibujos dirigidos a niños lo constituye la serie de éxito *Yu-gi-Oh!*, creada por Kazuki Takahashi, escritor y experto en animación japonesa, que comenzó su andadura como una revista de historietas en Japón hace más de cuarenta años hasta que se estrenó en el año 2001 en Estados Unidos. Hoy se emite en más de sesenta países y ha constituido además una franquicia que comercializa videojuegos y juegos de carta para que las fieles hordas de espectadores puedan seguir emulando a sus héroes cuando los tubos catódicos se han apagado.

La serie cuenta la historia de Yugi y sus amigos, Joey, Téa y Tristán, quienes compartirán su pasión por un juego de cartas que reúne a tenebrosas criaturas que se batan en crueles duelos. El argumento, muy pobre, arrastra consigo, capítulo tras capítulo, una variada caterva de horripilantes criaturas que harían las delicias del noctámbulo más versado. Monstruos, dioses, espíritus, zombies y resucitados, conjuros y maldiciones se reúnen en espacios nocturnos, que aterrían al mismísimo Freddy Crugger.

Tampoco los diálogos, tienen desperdicio, y así nos encontramos, nada más comenzar la serie con el enunciado «Bienvenidos al duelo». Las alusiones a un mundo de terror y sufrimiento, son constantes y podemos encontrarlas en expresiones como éstas: (vas a estar) «completamente sola el resto de la eternidad», «reino de las sombras», «psicópata», o en reclamo a fuerzas poderosas y desconocidas: «Obélix el torturador», «nada puede salvarte de la fuerza de Obélix».

Aunque el caso más paradigmático por el éxito alcanzado, esta serie no es la única en ofrecer tales características. La lista es extensa y en ella podemos encontrar nombres como el no menos famoso *Bleybladez*, *Pokémon*, *Digimon* ... que recogen la herencia de los rancios dibujos *Oliver* y *Benjí* y *Juana* y *Sergio* y la adornan con personajes de otros planetas. La temática en ellos es la misma: una competición entre dos contrincantes, en la que además de peonzas y monstruos, intervienen en la lucha valores tan poco edificantes como la soberbia y el orgullo enfrascados en una competitividad tan exacerbada que aleja del mero hecho de participar cualquier gratificación moral. El grupo da paso al individuo, al yo solitario que confía en su liderazgo y que proyecta en el combate sus instintos más primarios.

Algunos capítulos de éstas y otras series dedican explícitos apartados al tema de las torturas físicas. Por ejemplo, en una serie de dibujos animados, *Gadget boys*, el pequeño protagonista Gadget Boy será atado por los antagonistas a dos caballos que tiran en direcciones contrarias; afortunadamente, el niño es tan flexible que no sufrirá ningún mal. O en otro programa del Club Megatrix, *Los expedientes secretos de los perros espías*, un perro es atado a una rueda que estirará sus miembros hasta quedar descoyuntado, aunque en el último momento es salvado por sus amigos. Así pues, en ambos programas observamos instrumentos y técnicas de torturas, pero por suerte para los más pequeños, son solucionados antes de poder comprobar sus nefastas consecuencias.

Más allá de lo cuestionable de los propios contenidos, el problema radica en la dificultad de los niños para distinguir la realidad de la ficción. Clemente y Vidal 11 (1996) al hablar de la comprensión de la televisión por el niño, explican que para los niños con edades entre los 0 y los 5 años, las imágenes representan cosas reales, entre los 5 y los 10 años, los actores son reales, pero la acción ya es aparente y, a partir de los 10 años, la evalúan de forma realista.

Y autores como Marta Sadurní y Adolfo Perinat 12 (1994: 130) en *La representación de la violencia televisiva en la mente infantil: una aproximación socio-cognitiva* no entienden como «Los padres protegen al niño de los impactos que pudiera producirle la visión de alguna muestra de dolor o sufrimiento humano. No es corriente ver a niños en las visitas a enfermos graves en los hospitales; suele evitarse que miren documentales acerca de los estragos de la guerra que contienen imágenes de gran violencia. Sin embargo, se toleran perfectamente imágenes que, en registro lúdico-narrativo, están cargadas de violencia».

Y no olvidemos que, en muchos de estos casos, los prototipos que ofrece la televisión son los únicos modelos con los que pueden contar los niños. Castells y Bofarull 13 (2002: 40) recogen una interesante aportación de Jorge Corsi quien establece la distinción entre modelos simbólicos y modelos reales. Los modelos reales serían aquellos que forman parte del entorno del niño (sus padres, hermanos...) y los simbólicos quedarían representados por los presentadores de televisión, los héroes deportivos o los cantantes y como explican estos autores: «la diferenciación entre las conductas violentas de los modelos simbólicos y las conductas no violentas de los modelos reales es lo que permite que un niño trace una línea divisoria nítida y clara entre ficción y realidad. Pero cuando esto no ocurre, es decir, cuando lo que ellos observan en los modelos simbólicos es muy similar a lo que observan en las conductas de los modelos reales, se produce un déficit en este trazado».

Pero el problema más acuciante al que se enfrentan los niños ya no se encuentra en la programación infantil, puesto que ésta no llega a cubrir, ni siquiera parcheando con retazos de todas las cadenas, el tiempo libre del que disponen los niños tras asistir al colegio. No olvidemos que de las cadenas estatales y generalistas, sólo La 2 ofrece de lunes a viernes programación infantil repartida en tres franjas: mañana (de 7:30 a 9:30), mediodía (de 13:00 a 14:15) y tarde (de 17:30 a 19:00). Y que de las siete de la tarde, que finaliza, hasta la hora real de que los niños, sin Los Lunis, se «vayan a la cama», hay mucho tiempo.

Y ese tiempo el niño tiene que atenerse a lo que ellos tan ilustrativamente denominan como «lo que echen» entendiéndolo por tal denominación: talk shows de protagonistas trasnochados, crónicas rosadas que vilmente amarillean, informativos truculentos, novelas enrevesadas... Y es que a pesar del código de autorregulación firmado entre el Gobierno y las principales cadenas españolas, RTVE, A3, T5, Sogecable y la Federación de Organismos de Radio y Televisión Autonómicas (FORTA) y del establecimiento de un horario de protección reforzado entre las ocho y las nueve de la mañana y las cinco y las ocho de la tarde, la programación televisiva infantil sigue intacta (no se han añadido nuevos programas que vinieran a completar el vacío panorama vespertino dirigido a los niños) y la programación generalista tampoco se ha preocupado en adecuar sus sobredosis de espectacularidad, es decir, en moderar su lenguaje y su tematización trivial y banal. En una noticia aparecida en el Sur Digital 14 se cuenta que según el Observatorio de Contenidos Televisivos y Audiovisuales (OCTA), las cadenas han mostrado un «esfuerzo insuficiente para modificar la parrilla» y que a pesar de los esfuerzos iniciales, cadena tras cadena ha ido reponiendo a sus pantallas los programas que emitía con anterioridad a la firma del acuerdo. El semanal digital 15 titulaba una noticia similar con «a las cinco, a la cama» y añadía en la cabecera que «las pomposas reuniones, bajo todos los focos, del Gobierno y las diferentes cadenas de televisión, han quedado en un mero maquillaje pese a la importancia dada al tema infantil».

Pero, además, tampoco importa que el Pacto de Autorregulación no cumpla lo convenido en el horario reforzado, pues según datos ofrecidos por el Anuario de Televisión 2005 elaborados por el Gabinete de Estudios de la Comunicación Audiovisual (GECA), el horario con más espectadores infantiles, no son las seis ni las siete de la tarde, sino a partir de las diez de la noche, hora en que se concentran 915.000 niños delante del televisor. A las nueve se estima que haya una audiencia de 835.000 y entre las ocho y las nueve de la tarde sólo 622.000.

No tiene mucho sentido, pues, que se hable de reforzar el horario de tarde cuando la realidad nos muestra que el grueso de la audiencia infantil se concentra por la noche. Justamente a unas horas en las que los padres ya suelen estar en casa y pueden supervisar el consumo televisivo de sus hijos. Introduciéramos, por tanto, aquí, un nuevo elemento en el debate público: el papel de los padres como responsables del consumo televisivo de los niños, frente al papel de la Administración y las propias televisiones, quedando configurado así un triángulo peligroso en el que cada ángulo achaca al otro la responsabilidad de ser vértice.

Pero, además, nos encontramos con otro dato, cuanto menos alarmante, que viene a complicar aún más las ya de por sí enrevesadas relaciones entre los niños y la televisión. Y es que un 36% de niños de entre 8 y 13 años dispone de televisión en su habitación. Es decir, que un niño en los primeros cursos de Primaria ya es capaz de decidir con la libertad de un adulto, pero la madurez y el albedrío propio de su edad lo que quiere o lo que apetece ver en ese momento, aunque sean las doce de la noche y al día siguiente no pueda despegarse de las sábanas. Son muchos los profesores de primaria que cuentan que sus alumnos llegan cansados y ojerosos a clase por haberse esperado a ver «Crónicas Marcianas», o el final de alguna película que poco tendrá de recomendable para ellos. Y no es necesario que los niños cuenten con televisión en sus habitaciones; en algunos casos, incluso, pueden quedarse pegados delante de la pantalla del salón aunque los padres se hayan retirado a descansar. De poco sirven aquí los esfuerzos en horarios reforzados y protegidos y en aumentar la programación infantil si lo que los niños realmente ven son estos programas para adultos,

algunos bautizados con el dudoso nombre de familiares, tan sólo porque aparecen entre su variopinto repertorio de personajes algunos niños. El caso más famoso es el de *Ana y los siete*, anunciado a bombo y platillo durante los espacios dirigidos específicamente a público infantil, aunque su sofisticado contenido de strippers reconvertidas a entregadas niñeras ofrezca poca formación a los menores. Aunque, tal vez, el de mayor éxito entre este target sea *Los Serrano* y su visión cínica de la España paleta a la que le regocija y le intriga el sexo, y que consigue que una gran audiencia de niños siga las historias incestuosas de tira y afloja entre Marcos y su hermanastra Eva o las más recientes entre los adolescentes Guille y Teté.

El psiquiatra Castells habla, ante este fenómeno, de la soledad del niño ante las pantallas, de los llamados niños llave, tan tristemente célebres en América, que al llegar a casa no tienen más compañía que la que les puede proporcionar la televisión. Solos, sin ni siquiera hermanos con los que compartir sus experiencias a la llegada del colegio –el descenso de la natalidad y los imperativos de la vida moderna se lo han negado– se preparan su merienda prefabricada y se disponen a pasar toda la tarde frente al televisor. Los padres trabajan tranquilos pensando que sus hijos están bien resguardados en la seguridad de sus hogares, incluso es posible que si sus condiciones económicas lo permitan hayan instalado televisiones temáticas para sus hijos con varios canales infantiles, proveyéndoles así de toda una oferta de ocio enlatado que los adultos consideran necesario para que sus hijos se diviertan o al menos se entretengan hasta que ellos puedan regresar a casa.

Nos encontramos, por tanto, con un doble matiz, el de la soledad del niño que posee televisión en su habitación y la soledad del infante que no tiene a nadie que aguarde su regreso del colegio. En ambos casos las consecuencias son las mismas. El niño absorbe y asume lo que ve en la televisión sin que nadie le dote de las herramientas necesarias para cuestionar lo que deglute. Ante una duda, ante la representación de una acción que no entiende, de una reacción que no esperaba, ante la experiencia del temor, de la angustia o del júbilo, no tendrá a su lado a ningún adulto que le explique lo desconocido, le argumente lo inadecuado, o comparta su ilusión o su risa.

Castells habla en este sentido de la carencia en nuestra sociedad actual de vitamina T, de tiempo, de disponibilidad. Los niños que lo tienen todo no tienen lo más importante para su desarrollo sano y equilibrado, la presencia de sus padres en el día a día, que hoy trata de suplantarse con la sobredosis del fin de semana.

Algunos autores como Postman 16 (1990), ofrecen una visión más crítica ante este acceso indiscriminado e incontrolado de los menores a la vastedad de los contenidos televisivos y postulan una desaparición de la infancia, pues la televisión, a diferencia de la letra impresa, no requiere un aprendizaje previo, creando así un espacio indiferenciado común entre niños y adultos que pueden acceder al mismo tipo de conocimientos.

Postman desarrolla en su libro la evolución de la infancia, como sujetos históricamente contruidos a través de los siglos. Los contenidos de los libros actuaban como defensores de estas etapas de la vida del hombre, ofreciendo a los niños en sus lecturas lo que se consideraba psicológicamente admisible a cada etapa. Con la llegada de la televisión la cuestión esencial es que « la TV presenta información de una forma que no distingue la accesibilidad, y esto quiere decir que la televisión no necesita hacer distinciones entre las categorías 'infante' y 'adulto'» y añade además que «esto pasa no solamente porque la forma simbólica de la televisión no plantea misterios cognitivos, sino también porque un aparato de televisión no se puede esconder en un cajón o no se puede colocar en un estante alto, fuera del alcance de los niños: la forma física, no menos que la forma simbólica, no se presta a la exclusividad» (1990: 103).

No es el único en plantear esta tesis, Buckingham (2000: 33-37) cita algunas obras más publicadas en Estados Unidos en las mismas fechas. Se trata del libro de David Elkind, *The Hurried Child* (1981) y el de la célebre Marie Winn, *Children without Childhood* (1984) y también *No Sense of Place* de Meyrowitz, todas ellas publicadas a principios de los 80. De mediados de los noventa destaca *As is for Ox* de B. Sanders y la obra *Kinderculture*, coordinada por Steinberg y J.Kincheloe.

Aunque un tanto radicales en sus planteamientos, estos autores coinciden en afirmar la desaparición de la infancia como consecuencia de los postulados de la vida moderna. Además, Elkind añadirá una importante novedad a la tesis de Postman y Marie Winn al descargar a la televisión de la responsabilidad absoluta en la «crianza» de los niños y explicarla a través de otros factores. Este autor, al que cita Buckingham (2000: 34), destaca el estrés que caracteriza al niño de hoy, que vive no sólo bajo la presión de los medios de comunicación, también de los padres y de las escuelas. Los padres contagian a sus hijos el estrés de sus trabajos, en el marco de una sociedad competitiva y consumista que les obliga a triunfar, a ser los mejores en el ámbito académico, en los deportes, en las competiciones... Y para ello, tras la escuela, deben recibir una educación complementaria que les aporte ventajas competitivas para su futuro profesional.

Y dirá Buckingham (2000: 83) que «parece como si la educación fuera el trabajo de la infancia, que no puede permitirse que se detenga una vez que los niños salen del aula». En este mismo sentido, Petra M. Pérez 17 (1994: 175) expresa refiriéndose a los niños que: «nuestro deseo de convertirlos en 'súper', de prepararlos para que en el mañana 'sean', nos impide ver la necesidad de que 'sean niños en el presente'. Preocupados de que 'tengan' (estudios, actividades extraescolares, comodidades, juguetes, etc.), nos olvidamos de que sean sencillamente niños».

Nos encontramos, por tanto, a un niño sometido a dos presiones contrapuestas, la exigente, la que concibe su presente en términos de lo que será su futuro, la de las actividades extraescolares, la del inglés y la informática, la de la natación y el kárate, y por otra parte, la de la desidia, la del derroche del tiempo libre ante la pantalla, la del atiborrarse indiscriminadamente de lo que emite la televisión, la del zapping aburrido que lleva al niño a un pastiche, a un patchwork de imágenes y sensaciones que le alejan irremisiblemente de la realidad.

De esta última tendencia, de la del consumo excesivo se ha escrito mucho, tanto que este tipo de libros y artículos parecen reeditarse como palimpsestos inagotables que siempre encuentran público voraz para adquirirlos. Las últimas noticias que podemos encontrar al respecto son ciertamente catastrofistas. Por ejemplo, una aparecida en el correo farmacéutico 18 expresa en su titular que «Los niños que más ven la tele

alcanzan una menor titulación académica en la edad adulta». El artículo cita uno de los estudios dedicados a la influencia de este medio en la infancia, coordinado por Robert Hancox de la Universidad de Ontago, Nueva Zelanda, que se realizó entre una muestra de mil jóvenes nacidos entre 1972 y 1973. Durante el estudio tenían 26 años y se contabilizó las horas que pasaron frente al televisor a la edad de 5, 7, 9, 11, 13 y 15 años. Los resultados indicaron el claro impacto negativo de la televisión en los logros educativos, independientemente de su nivel socioeconómico, de su cociente intelectual y de si presentaban problemas de desarrollo mental.

Pero este estudio no es el único. Otro artículo en el suplemento de Salud de El Mundo 19 cita tres trabajos publicados en la revista *Archives of Pediatrics and Adolescent Medicine*. Además de advertir, como el estudio de Hancox, que los niños que pasan demasiado tiempo delante del televisor obtienen calificaciones académicas más bajas y les cuesta más acceder a la Universidad que el resto de niños, llaman la atención sobre el hecho de instalar televisión en la habitación de los menores. Según sus conclusiones, los niños con este electrodoméstico en su cuarto, obtuvieron peores resultados en diversas pruebas destinadas a valorar las capacidades matemáticas, la lectura y el uso del lenguaje. Un tercer estudio afirma que los menores de tres años expuestos a la televisión experimentan dificultades en su desarrollo cognitivo, y que estas dificultades son patentes en los años posteriores. Por dicho motivo, los autores recuerdan la recomendación de la Academia Americana de Pediatría de que los menores de dos años no deberían ver, en absoluto, la televisión.

Incluso los propios niños reconocen que ven demasiado la televisión (según un estudio de la Confederación de organizaciones de amas de casa, consumidores y usuarios, que emplea datos de Sofres, los menores de 14 años ven la televisión 218 minutos, lo que nos sitúa en posiciones equivalentes a países tan «mediatizados» como los Estados Unidos). De acuerdo con el estudio realizado por la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra 20 el 31% de los niños reconocen que son ellos los que más televisión ven en casa. Algunos trabajos hablan de 1.500 a 1.800 horas anuales frente al televisor frente a tan sólo 900 dedicadas a la escuela.

En Alemania se han tomado ya medidas drásticas y en un pequeño pueblo de la costa báltica, en Boltenhagen, se ha abierto el primer sanatorio infantil que ofrece terapias de «desintoxicación» a los nuevos medios a través del deporte, el teatro o los juegos de pelota.

Pero más allá de estas consideraciones tan extremas, el problema ya no es tanto el consumo del medio en sí, sino en que el tiempo que el niño pasa ante la pantalla, deja de hacer otras cosas como leer, jugar con otros niños, hablar con sus padres, pintar, estudiar, e incluso como expresa Alberto Bercedo 19, pediatra de Atención Primaria del Servicio de Salud, «aburrirse; algo que el niño también necesita para fomentar la creatividad y la búsqueda de actividades de ocio; no limitarse a la diversión pasiva».

Pero no nos detengamos en la mera exposición de una realidad tan evidente y vapuleada hasta la sociedad en los distintos medios, vayamos más allá hasta encontrar posibles soluciones. No busquemos en la paja sin haber encontrado en nosotros, como audiencia, como padres, como consumidores, la viga que nos entorpece la visión de este problema desde una perspectiva más amplia.

Introducía en líneas anteriores que el problema ya no es tanto lo que se emite en televisión, que también será objeto de posteriores consideraciones, sino del vacío que cubre este medio. ¿Por qué vemos tanta televisión?, ¿qué ha ocurrido en nuestras vidas para que un intruso se cuele en la privacidad de nuestras familias y ocupe toda nuestra atención?, ¿qué está pasando para que los niños prefieran vivir la semi-realidad mortecina que escupe la televisión antes que su propia vida?, ¿por qué la televisión constituye nuestra primera fuente de ocio sustituyendo a las tradicionales formas de antaño?

No creo, como las coplas manriqueñas, que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero sí es necesario advertir que estamos perdiendo, y las jóvenes generaciones todavía más, importantes costumbres que nos legaron nuestros mayores. Detengámonos, ahora que todavía estamos a tiempo, a reflexionar hacia dónde vamos y qué queremos recuperar de donde venimos. La televisión y los nuevos medios en general nos ofrecen potencialidades inabarcables que podemos aprovechar para el desarrollo de la humanidad, pero también para alienarnos en nuestra propias particularidades, ajenos a la desgracias y miserias de los otros.

Mariet (1989: 157) propone una solución sencilla «si se quiere que padres e hijos vean menos la televisión hay una solución muy fácil: proponer algo mejor». Establezcamos alternativas, pues, para que el tiempo libre de los niños no pase directamente por el consumo de la televisión. Opciones además que no deben estar necesariamente curricularizadas, como tan de moda ahora está. El niño es niño y como tal tiene que jugar para lograr un desarrollo psicológico pleno y un equilibrio entre las obligaciones y necesidades de la escuela y el esparcimiento propio de su edad. Aunque a buen seguro que necesitará el inglés y la informática para su posicionamiento futuro, no menos cierto es que sus horas de juego libre le permitirán tomar decisiones y afrontar las situaciones con creatividad y recursos.

Algunas empresas han tratado de rentabilizar estas teorías y hoy son cada vez más los centros de ocio enlatado que se asoman desde sus colores rabiosos a las calles de nuestras ciudades. Pero no es necesario pagar para que los niños se diviertan entre pelotas e hinchables bajo las luces de neón, pueden participar en las actividades deportivas que la mayoría de los colegios ofrecen como actividades extraescolares. Se trata de deportes de equipo que favorecen, además de la disciplina y el esfuerzo, el trabajo en grupo y la toma de decisiones conjunta. O asistir a ludotecas que muchas bibliotecas comienzan a ofertar ya para completar su actividad y comenzar a interesar a los más pequeños. O divertirse dentro de la propia casa haciendo manualidades, leyendo, inventando historias, o simplemente jugando. O programar excursiones durante el fin de semana para que conozcan su entorno.

Ofrezcamos alternativas reales y asumamos nuestra responsabilidad en el triángulo mediático. Sólo desde esta postura podemos comenzar a exigir compromiso a los otros dos ángulos: el Gobierno y las propias televisiones.

Aunemos nuestras voces y encaucémoslas a través de asociaciones y organismos que hagan llegar

nuestras quejas a la Administración. De nada sirve estar aquí y ahora debatiendo este tema, si nuestras intenciones quedan silenciadas en la expresión única de nuestras opiniones. Cuando no estemos de acuerdo en alguna cuestión, unámonos, busquemos canales que nos conecten a unos con otros y que hagan de nuestras apagadas voces un grito estruendoso al que sea imposible hacer oídos sordos. El psiquiatra Castells habló en el Festival de El Chupete del «efecto Rothemberg», que toma el nombre de un psiquiatra de Estados Unidos que animó a los padres a boicotear los productos de los anunciantes que se publicitaban en programas que consideraban nocivos para sus hijos. El experimento tuvo su éxito y las empresas tomaron conciencia de la importancia de sus consumidores. Adoptemos nosotros la misma postura, comprometiéndonos con asociaciones de telespectadores, de consumidores, que nos permitan alcanzar metas más consistentes que las palabras. Apaguemos la televisión cuando no estemos de acuerdo con sus emisiones e instemos a nuestros vecinos, familiares, amigos para que hagan lo mismo.

Finalmente, tenemos que hablar de la televisión, el arista más controvertido de todos. Para muchos el causante de todos los males, para otros el único recurso con que gastar gratis el tiempo de ocio. Para todos una niñera electrónica a la que se enchufa a los niños cuando no existe otra opción.

A través de estas líneas he ido tratando de perfilar una valoración lo más acertada posible del panorama televisivo infantil. Recogiendo opiniones de unos y de otros, he pretendido no caer en la demagogia, en el discurso fácil que llena el contenido de muchos discursos, sin que las cosas lleguen a solucionarse, buscando siempre el equilibrio, la ecuanimidad.

Y es que la televisión tiene muchos defectos, por supuesto, pues como veíamos en las páginas anteriores ofrece contenidos impropios para los niños y les abre las puertas del mundo adulto cuando todavía no están preparados para asimilarlo. Además, la pasividad de su recepción provoca la que será la gran epidemia del siglo XXI, la obesidad, también el entorpecimiento del lenguaje, de las habilidades matemáticas... Pero empleada con moderación e inteligencia la televisión puede convertirse en una importante aliada del desarrollo del niño.

Aunque para que se cumpla esta condición es imprescindible la implicación de padres y educadores en el proceso. Estos han de ser los que limiten y controlen el consumo (la cantidad de horas dedicadas a ver la televisión), los que elijan los programas que los niños pueden o deben ver y por supuesto, las figuras que los acompañen en el visionado de los mismos.

Lolo Rico (1992: 53) se escandaliza cuando explica, tras su experiencia como programadora, que a los niños se les puede introducir todo el material erótico, subversivo y toda la violencia que se desee, pero que no es conveniente decirles que se asesinan niños en Brasil o que mueren de hambre en África negra.

Cambiamos esta realidad. Empleemos la televisión a través de los programas adecuados (aunque el propio medio y su «ventana abierta» al primer mundo dificulta enormemente esta tarea) para mostrar a los niños que tras ese universo de diversión ilimitada y escenarios de cartón piedra se esconden otras realidades, otras culturas que carecen de las posibilidades de las nuestras pero aún así son felices. Y apoyemos los contenidos propios en los programas, el esfuerzo de las cadenas por adaptarse a las localidades y a las «regionalidades», por no ceder a la tentación de la importación barata y desmesurada de series extranjeras, principalmente las asiáticas de corte manga, especialmente rentables para las cadenas de televisión por su bajo coste y por la expectación que generan, pero indudablemente dañinas para los niños tanto por su recurso gratuito a la violencia como por su estética pobre y mortecina, y su lenguaje viperino.

Y ante todo dejemos de considerar a la televisión como un instrumento educativo. Formativo sí, por supuesto, o incluso como complemento a la enseñanza, pero nunca como sustituto de la labor, imprescindible por el momento, que realiza la escuela. La televisión debe ser concebida en términos de diversión y como tal administrada con responsabilidad por los adultos. Al igual que se compran los juguetes adecuados para la edad o no se deja a los niños subir sólo a las atracciones de un parque hasta que no tienen suficientes años, el entretenimiento mediático debe ser vigilado por los padres y asumido como una opción a la que se recurre en carencia de otras, nunca como sustituto de la experiencia real y directa que proporciona el juego no mediatizado o las experiencias de la vida misma.

Referencias

- ECO, U. (2000) [1965]: *Apocalípticos e integrados*. Barcelona, Lumen.
- GILBERT, M. (1994): «Las reglas del juego: autorregulación», en *Televisión. Niños y jóvenes*. Valencia, RTTV; 25-35.
- BUCKINGHAM, D. (2000): *Crecer en la era de los medios electrónicos*. Madrid, Ediciones Morata, Fundación Paideia.
- RICO, L. (1992): *TV fábrica de mentiras. La manipulación de nuestros hijos*. Madrid, Espasa Calpe; 53-54.
- MANDER, J. (2004) [1977]: *4 buenas razones para eliminar la televisión*. Barcelona, Gedisa.
- LYNCH, E. (2000): *La televisión: El espejo del reino*. Barcelona, Plaza y Janés.
- GASTÓN, E. (1978): *Cuando mean las gallinas. Una aproximación a la sociología de la infancia*. Madrid, Ayuso; 181.
- MARIET, F. (1989) : *Déjenlos ver la televisión... porque la televisión no es culpable de todos los males que se le atribuyen*. Barcelona, Urano.
- CLEMENTE, M. y VIDAL, M.A. (1996): *Violencia y televisión*. Madrid, Editorial Noésis.
- SADURNÍ, M. y PERINAT, A. (1994): «La representación de la violencia televisiva en la mente infantil: una aproximación socio-cognitiva» en *Infancia y Sociedad* ; 27-28, 121-134.
- CASTELLS, P y BOFARULL, I. (2002): *Enganchados a las pantallas*. Barcelona, Planeta; 40,
- MARTÍNEZ, M. (2005): «La regulación que no llega: las televisiones no cumplen lo pactado» En el *Sur Digital* , 30 de mayo de 2005.
- EZQUERRA, P (2005): «A las cinco a la cama. Las paradojas de la programación infantil en las televisiones», en el *Semanal digital*, 3 de junio de 2005.
- POSTMAN, N. (1990) [1982]: *La desaparición de la infantesa*. Vic, Eumo Editorial; 103 [traducción de la autora].
- ALONSO, P.M. (1994): «Tiempo de ocio y televisión en la infancia y la adolescencia» en *Televisión. Niños y jóvenes* . Valencia, RTTV; 175-199.
- RODRÍGUEZ, A. (2005): «La televisión en el dormitorio atonta a los escolares» en el *El Mundo*, sección salud, 9 de julio de 2005.

M^a Teresa Francés Barceló colabora con el proyecto « Indicadores de calidad de los contenidos audiovisuales –programáticos y publicitarios– dirigidos al target infantil », dirigido por la doctora Victoria Tur (noritt@hotmail.com).